Lalangue inglesa hace obstáculo al inconsciente[1]
(la gramática moral de la doctrina Monroe)

Las lecturas de verano están asociadas al descanso y a la recreación, al menos esa era mi intención al ojear la caja de ofertas en una librería del centro de un balneario.

Me econtre así con el libro "*Nuestra historia de la adicción*" de Carl Erik Fisher. Literatura norteamericana sobre la adicción, parecía prometedor.

Ya desde el primer capítulo intenta una maniobra, procura tomar distancia del reduccionismo biológico. El autor reconoce que explicar la adicción como enfermedad del cerebro es insuficiente, que algo se pierde cuando el fenómeno queda reducido a circuitos dopaminérgicos y marcadores genéticos. Lo interesante aparece cuando, al soltarse del anclaje biológico, abre a la pregunta. "*Empecé a trabajar como psiquiatra, y no por casualidad, en una época en la que el punto de vista simplista de que todo el sufrimiento humano podía reducirse a la neurobiólogia empezaba a no ser suficiente*"[2]

Hasta acá parece que abriera un campo epistemológico arriesgado y novedoso tratándose de la academia del norte, pero…

Según Carl Erik Fisher, deberíamos tomar de otros enfoques su mejor parte, lo médico, lo social y demás, en un equilibrio holistico, y apoyados en la historia que humaniza y nos abre a múltiples perspectivas.

Lo que caracteriza a este libro, desde mi lectura, es la rapidez con que vuelve a cerrar el sentido. Buscando una respuesta, buscado entender la adicción. Ubicarla en un plano conceptual.

Por lo tanto, cierta literatura norteamericana que intenta escapar del biologicismo como eje conceptual hegemónico, suele hacer un movimiento renegatorio, reniega del cerebro-máquina, pero no soporta el hueco que deja no sostenerse en ese eje epistemologico. Rellena con experiencia vivida, con trauma contada en primera persona, con espiritualidad, con ética del cuidado. Se queda en el yo narrador. En el *storytelling*.

¿Y si no se tratase de una falla individual ni de una carencia teórica? ¿Y si fuera una estructura de pensamiento? Lo pensaríamos como una resistencia al inconsciente que no solo opera como censura moral, sino como forma histórica de organización del sentido. No sería el idioma sino determinada configuración de *lalangue* que se articula con esa organización.

---

[1] "*… creo que es lalangue inglesa la que hace obstáculo. Esto no es muy prometedor, porque la lengua inglesa está en vías de volverse universal".* Jacques Lacan. Clase 5 (11 de febrero de 1975) seminario 22: R.S.I. Versión crítica.

[2] Carl Erik Fisher. "Nuestra historia de la adicción" ("The Urge, our history of addiction") editorial: PENGUIN PRESS. 2022.

Desde Freud sabemos que el inconsciente no se deja domesticar ni por la moral ni por la experiencia consciente. Pero la tradición intelectual anglosajona privilegia la claridad, la responsabilidad individual y la coherencia narrativa. El inconsciente, en cambio, es opaco, equívoco. No sirve para pedagogías del bienestar ni para liturgias del *self-improvement*. No sirve para *TED Talks.*

Pareciera que cuando el biologicismo se vuelve insostenible, el relevo no lo toma el trabajo del equivoco propio de *lalangue*, sino la moral. Y esa moral tiene una genealogía muy precisa.

La matriz protestante que acompañó la progresiva expansión anglosajona en el norte del continente en el siglo XVII no solo organizó prácticas religiosas, sino que modeló una relación específica con el lenguaje y por ende el sentido y la culpa. La práctica fundamental que organizaba la vida social era el sermón. Largo y moralizante. Que buscaba orientar la conducta. El lenguaje no era lugar de ambigüedad, sino instrumento de corrección.

La salvación no pasaba por el misterio ni por el equívoco, sino por la rectitud de la conducta, la transparencia del alma y la lectura correcta de los signos (bíblicos). Donde hay malestar, debe haber causa, donde hay causa, debe haber corrección, donde hay caída, debe haber redención.

Esa expansión no fue solo territorial, fue también semántica. Se exportó una lengua que sospecha del doble sentido, que desconfía del desliz, que exige que las palabras sirvan para orientar la acción y no para revelar una división. Allí donde las lenguas latinas toleran la ambigüedad, el rodeo y el malentendido, la lengua inglesa tiende a resolver, a traducir el tropiezo en error. El lapsus se vuelve *mistake (error)*, el síntoma en *coping failur*e (mala adaptación) y el equívoco en *ambivalence (bien o mal)*. Nada queda sin normalizar. La traducción pasa a ser una traición.

¿Es un asunto cultural, o del modo en que lalangue inglés es puesta a funcionar?

La Doctrina Monroe (reeditada hoy en la llamada Doctrina Donroe) no fue solo una consigna geopolítica desde Washington. Fue una extensión de esa moral al plano del continente. "*América para los americanos*" no nombraba únicamente una frontera política, instalaba una forma de leer. Todo lo que no encaja debe ser administrado, corregido o expulsado. No hay exterior que no sea amenaza.

Así se trata el sufrimiento psíquico, un territorio a recuperar. El yo es invadido por la ansiedad, por la adicción. Cuando se corre el discurso de la dopamina, se prioriza el testimonio del exadicto. El *insight* revelador (reconquista del yo).

La cultura recurre a la moral cuando la ciencia no le alcanza. La religión esta de vuelta, pero en versión secularizada.

Aquí conviene detenerse en un punto decisivo, ¿qué hace una lengua con el equívoco?

El equívoco no es un problema, es la condición del decir. La ambigüedad enriquece la escena.

El español, y con él las lenguas latinas, puede alojar un equívoco sin exigir su resolución. Cervantes lo escribe cuando hace decir a Don Quijote, "*Oh Dulcinea del Toboso, día de mi noche, ¡gloria de mi pena…!*

La pena funciona ahí como campo semántico abierto, castigo, sufrimiento y penitencia a la vez. El sentido no se cierra y justamente por eso, la escena se sostiene.

En inglés, ese mismo campo se fragmenta. Punishment (castigo), pain (dolor), penance (penitencia), nos propone tener que elegir. Y al elegir, se escurre el equivoco. El sentido se moraliza o se psicologiza.

Shakespeare muestra que el inglés sí puede alojar el doble sentido, pero lo hace de otro modo. En Macbeth, las profecías de las brujas dicen la verdad y engañan a la vez: "*Ninguno nacido de mujer dañará a Macbeth"*[3]*, "Macbeth no será vencido hasta que el bosque de Birnam avance contra Dunsinane"*[4]*.*

El doble sentido no abre el discurso en cambio produce acción. Shakespeare juega a la literalidad, hace que Macbeth quede enredado en la literalidad como garantía. ¿Quizás haber interpretado el designio de las brujas no le hubiera hecho perder la cabeza?

Ahí está la diferencia. En Cervantes, el equívoco permanece. En cambio, en Shakespeare, el equívoco se literaliza.

Hay, sin embargo, un punto que conviene precisar. Decir que cierta configuración de *lalangue* inglesa hace obstáculo al inconsciente no significa únicamente que dificulte la lectura del equívoco o del lapsus. El obstáculo concierne a la producción misma de una verdad capaz de sostener la división subjetiva. En términos del discurso del analista, se trata de la dificultad para que la verdad se articule como efecto del síntoma y no como afirmación plena, es decir del lado del goce. Un goce compatible con la moral, el goce de la certeza, de la experiencia vivida, del *insight*. Una verdad que no divide, que no castra, que no separa al sujeto del saber del Otro, sino que lo adhiere a él.

En ese sentido, cierta gramática dominante asociada a *lalangue* inglesa no promueve una verdad agujereada, sino una verdad plena. Una verdad que se cree o se asume. Allí donde el psicoanálisis apunta a una operación de castración simbólica, condición para que surja un significante que deje de operar como verdad del Otro, la gramática dominante favorece una verdad sin resto, apoyada en el goce y no en el síntoma.

Don Quijote exagera la pena, pero no la transforma en garantía ni en saber. En esa teatralidad se juega algo del síntoma. Macbeth, en cambio, queda capturado por la literalidad del significante del Otro. La profecía no se puede leer, solo se puede creer. Y en esa creencia se aloja un goce, una adhesión al significante del Otro.

No es entonces que una lengua impida el inconsciente y otra lo garantice. La diferencia pasa por el estatuto de la verdad que cada una privilegia. Allí donde la verdad no admite pérdida, no hay lugar para el síntoma. Y allí donde el síntoma no puede sostener una verdad, el goce ocupa su lugar.

---

[3] *The power of man, for none of woman born, shall harm Macbeth")*

[4] *Macbeth shall never vanquish'd be until Great Birnam Wood to high Dunsinane Hill Shall come against him.*

Lalangue inglesa no nombra un idioma, sino un modo de funcionamiento del decir que puede operar también en el habla española.

La pregunta que sostiene este trabajo sería, no se trata de una lengua extranjera, sino de una gramática de la verdad que privilegia la claridad, la coherencia y la adhesión al sentido. ¿Si el obstáculo al inconsciente no proviene del inglés como lengua, sino de esa forma de gobernar el decir, hoy ampliamente difundida, el discurso del analista no defiende una lengua, sino una operación que hace fallar esa gramática, incluso cuando se habla en español?

Montevideo, enero 2026

Fabián Pérez.